

# MOURA

Todos en alguna ocasión hemos oído hablar de mujeres malvadas que han perdido el temor a Dios y han vendido su alma al diablo. Si fuera cierto... ¿Estas malévolas mujeres podrían ser capaces de amar y podrían ser capaces de verse correspondidas por el amado? Si fuera así... ¿El amor no es amor sea quien sea quien ame? Desde que en mi juventud la perdí, nunca he dejado de hacerme estas preguntas porque fue mi primer amor: un sentimiento extraño e insólito... Puede que maldito. Un amor que despreciaba el cuerpo y embrujaba el espíritu como por efecto de un sortilegio diabólico.

Tenía veintiún años y cursaba segundo de derecho en la universidad. Me había criado en una pequeña aldea de una montaña que se erguía sobre profundas huellas de glaciares cuaternarios, mateada de granito y fisuras de roca a modo de terribles cicatrices. El entorno atemporal de la aldea la cubría de un halo perpetuo de misterio, agudizado por nevados aullidos de lobos en las noches de invierno y el olor en las tortuosas calles a remedios caseros de flor de leche, azafrán serrano, tomillo y mejorana. Marcharme a estudiar a la universidad supuso para mí un salto sin transición desde la Edad Media a los tiempos de hoy en día. La razón y la lógica arrojaron luz a las sombras de mi mal juicio, bruñido durante la infancia y adolescencia por un entorno rural de ignorancia, rudeza y oscurantismo.

Compartía piso con Alberto y Fernando. Ambos eran mayores que yo y los admiraba profundamente por su visión racional y analítica del mundo. A Alberto le quedaban dos años para terminar medicina. Fernando estaba en el último curso de filosofía y tenía una mente tan prodigiosa, despejada y precisa, que a veces lo hacía pecar de un gran narcisismo, gustando de abrumar con crueldad a las personas que consideraba intelectual y culturalmente inferiores a él. Yo pasaba muchas noches, hasta bien entrada la madrugada, escuchando monólogos sobre su percepción incisiva del ser humano y de la vida, obnubilado. Fernando disfrutaba de tener un incondicional oyente al que proferir discursos filosóficos ex cathedra desde el viejo sillón destripado de un castigado piso de estudiantes.

Hablar de mis compañeros y del piso de estudiantes era necesario porque en el apartamento de enfrente vivía la mujer a la que amé sin medida, desesperadamente. Debía rondar los cuarenta años. Nunca le pregunté su nombre, pero algunos vecinos se referían a ella como Moura. Su pelo azabache acariciaba largamente su espalda con dulzura y jugueteaba sobre sus hombros, formando un laberinto de ondas en las que mi ser se extraviaba sin remedio. Sus ojos eran oscuros y magnéticos. Mi alma naufragaba y se hundía a plomo en la profundidad abisal de su mirada hasta tocar fondo en la plenitud de su insondable belleza. Cuando nos cruzábamos en el portal o en el rellano de la cuarta planta, su amor por ella me anegaba el corazón, las entrañas, el alma, y me intimidaba de tal manera que solo me atrevía a saludarla cortésmente... Ella lo sabía. Yo sé que lo sabía y creo que le gustaba saberlo porque, cuando respondía a mi saludo, siempre me sonreía tiernamente. Moura no se relacionaba con nadie. Sus hábitos y sus rutinas eran un misterio. Algunos vecinos dejaban entender que era una mujer de mala vida. Yo nunca los creí. Mi amor por Moura trascendía la carne y esos encuentros casuales me bastaban.

Además, la sola idea de su presencia a pocos metros de mi cuarto me colmaba y satisfacía. Era un sentimiento tan puro e inmaculado que algunos calificarían de obsesivo y enfermizo, como una idolatría sacrílega. En mi fuero interno algo me decía, me gritaba, me aullaba que mi amor era correspondido secretamente por ella.

Moura tenía una gata que se escapaba del piso todas las noches, haciendo equilibrista por el estrecho zócalo que sobresalía de la pared del patio de luces hasta llegar a mi ventana. Yo siempre dejaba pasar a la gata. Estaba seguro de que era el ser más querido de Moura y el querer a su ser más querido era como quererla a ella. La acariciaba, la besaba en la cabeza, la abrazaba con el mismo amor que como si de Moura se tratara. La gata dormitaba en mi regazo en las noches de estudio y cuando me acostaba se tendía a mi flanco ronroneando, guiando mi sueño hasta su dueña como un animal mitológico. Al despertarme la gata nunca estaba. Siempre oculté estas visitas nocturnas a mis compañeros y nunca les expresé mis sentimientos por Moura. Nadie lo hubiera entendido.

Un día me llegó la noticia por teléfono de boca de mi madre. Mis dos hermanos mayores, Teodoro y Vidal, iban a venir durante un fin de semana a visitarme por primera vez a la ciudad donde estudiaba. Yo había prolongado esta visita al máximo durante más de un año, pero esta vez ya no me quedaban excusas. Sí. Lo confieso. Me avergonzaba de mis hermanos. Eran como yo fui un día: herederos de una mentalidad rural poco formada de una aldea anclada en el pasado y condenada a la extinción. Teodoro era leñador y Vidal cuidaba de la ganadería brava perteneciente a la familia. Ambos tenían un físico imponente, pero tosco, y un espíritu primitivo y salvaje del que sus duras miradas, templadas al resplandor del fuego de las chimeneas durante los largos inviernos, daban testimonio. Pero, repito, me avergonzaba de ellos. Para mi mundo y para el mundo de la mayoría de las personas su mentalidad era anacrónica. Seguro que serían objeto de burla para mis amigos, especialmente por parte de Fernando.

Antes de su llegada intenté mitigar el impacto de su visita, hablando más en profundidad a mis compañeros de piso sobre mi familia y mi aldea. Fernando me escuchaba encantado, lleno de curiosidad, con una sonrisa socarrona como si estuviera a punto de asistir a una atracción de feria. Se mofaría de ellos y lo haría de tal forma que ellos no se darían ni cuenta, lo que me dolía y me avergonzaba aún más. Estaba convencido porque conocía muy bien a Fernando... Después contaría anécdotas a sus compañeros de facultad sobre los hombres de pueblo que había conocido. Hice prometer a Fernando que no lo haría, pero juró con una sonrisa en la boca.

Sonó el timbre de la puerta y mis hermanos me abrazaron con júbilo, zarandeándome como un muñeco, dando voces y risotadas que resonaron en todo el edificio. Les presenté a mis compañeros de piso y no pude evitar contener una sonrisa al oír el crujir de sus huesos y su expresión pálida de dolor cuando mis hermanos les estrecharon las manos. Inmediatamente los llevé hasta mi cuarto donde había echado en el suelo un par de colchones. Les pregunté por nuestros padres y familiares y me pusieron al día entre una algarabía de gritos y carcajadas. Al poco tiempo Fernando se asomó al cuarto:

—Perdonad. Tenemos el frigorífico repleto de cervezas para celebrar vuestra llegada... ¿Os apetece?

Mis hermanos se miraron complacidos.

—¡Pues claro que sí, muchacho! —respondieron al unísono sin que me diera tiempo a declinar la invitación. Lancé una mirada amenazadora de advertencia a Fernando. Él me guiñó el ojo.

Nos sentamos los cinco en el salón. Mis hermanos, como siempre, se mostraban tal como eran, hablando de forma abierta y sincera. A la quinta cerveza Fernando puso en marcha la perversa estrategia que yo tanto había preconizado y temido:

—¡Decidme! ¿Cómo es la vida en la aldea? Vuestro hermano no suele hablar de ella, pero las pocas cosas que ha contado son muy interesantes... ¿Es cierto que aún se cree en el mal de ojo? —apostilló con una mirada expectante.

El cebo ya estaba echado. Me revolví en el sillón con nerviosismo, mirando con rabia a Fernando. Mi hermano Teodoro pegó un largo sorbo de cerveza y se incorporó lentamente hacia él, decidido a ser completamente franco con mi compañero de piso sin sospechar lo más mínimo que el motivo de la pregunta era evidenciar sus ideas y creencias para después burlarse de ellos.

—Mira, chico. El mal de ojo es tan cierto como que tú y yo estamos aquí y siempre hay que estar prevenido.

Fernando sonrió entusiasmado. Después se puso serio y con disimulada mofa le tiró de la lengua:

—¿Y cómo te previenes contra eso? ¿Cómo se detecta? ¿Qué podemos hacer para remediarlo?

Teodoro también se puso serio, convencido de que iba a dar una lección de supervivencia básica a ese muchacho que lo ayudaría de por vida.

—Habitualmente empiezas notando cosas raras, como que todo va mal. Todo sale mal. Entonces tienes que observar tu entorno. Por ejemplo, estar atento por las noches a si alguna lechuza ulula por los alrededores de tu casa. La lechuza puede ser una bruja porque las brujas tienen poderes sobrenaturales y por las noches se reencarnan en animales condenados como ese o como sapos, gatos y comadreja.

Me puse rojo de vergüenza ajena por lo que estaba escuchando de boca de mi hermano y por lo que seguro que contaría Fernando acerca de mi familia, mi aldea, mis orígenes... Me levanté de golpe dispuesto a poner fin a la conversación:

—¡Bueno! Podíamos salir a tomar unas cervezas fuera...

—Bufff... ¡No fastidies! Con lo bien que estamos y lo interesante que es hablar con tus hermanos... —abortó mi intento de fuga Fernando.

Mis hermanos sonrieron satisfechos:

—El chaval tiene razón, hermanito —exclamó Vidal—. ¡Anda! ¡Tráeme otra lata!

—Me interesa mucho lo que estabas contando, Teodoro —insistió Fernando—. ¿Cómo sabéis que ciertos animales son personas transformadas?

—¡Pues muy fácil! Escucha. A nuestro tío Paco le sucedió una vez. Tenía una salud de hierro, pero de pronto empezó a sentirse mal. Ningún médico sabía qué le pasaba. La debilidad lo mantenía en cama día tras día... Una noche se dio cuenta de que una lechuza

ululaba por los alrededores de su casa y comprobó que así sucedía noche tras noche mientras que su debilidad iba en aumento. Esto lo aclaró todo. Una madrugada, el tío Paco hizo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, salió al huerto, cogió una piedra y la lanzó contra la lechuza a la vez que mentaba a Dios. La dio de lleno en un costado y cayó del tejado al suelo con el ala izquierda rota. El animal se perdió entre la maleza agitando el otro ala y saltando con las patas. A la mañana siguiente el tío Paco estaba completamente recuperado... Pero, ¿sabes qué fue lo mejor?

—¡Cuenta! ¡Cuenta! —rogó Fernando emocionado, viéndose ya en el centro del corrillo de sus compañeros de facultad, narrando las anécdotas de los hombres de las cavernas que había conocido.

—Pues que a los dos días el tío Paco se cruzó por la calle con La Isidra, una vieja mala y envidiosa, vecina de la aldea. Una vieja que no quiere a nadie ni nadie le quiere. ¡Llevaba el brazo izquierdo vendado y no se atrevió ni a mirarlo a los ojos!

—¡Dios! ¡Está clarísimo! ¡La vieja era una bruja! —gritó Fernando, disimulando una carcajada.

—¡Veo que lo has cogido, chico! —respondió Teodoro sonriendo inocentemente.

—Hay que protegerse de ellas, muchacho —intervino Vidal —En nuestra familia, antes de acostarnos, hacemos una cruz en la lumbre para que no entren por la chimenea y por si acaso dormimos con unas tijeras abiertas en forma de cruz debajo del colchón.

—¡Vaya! —exclamó Fernando—. ¿Tú también? —me preguntó con ironía.

Yo agaché la cabeza y ni siquiera respondí, sintiéndome completamente humillado.

Teodoro dio el relevo a Vidal en aquella conversación surrealista, contestando en mi lugar:

—¡Pues claro! O al menos hasta que se fue de la aldea... ¿Llevarás el escapulario? ¿No?...

—¿Qué? —brincó Fernando en el sillón.

—Todos en la aldea llevamos uno —le aclaró Teodoro—. Es un remedio contra el mal de ojo que nos hacen al nacer. Es un trozo de tela decorado con escamas de pescado que conforman el dibujo de una flor. Dentro contiene frases en latín.

—Eso no me lo habías contado... —continuó torturándome Fernando.

No pude aguantar más. Me puse en pie y anuncié con enfado:

—¡Yo me voy a la cama! ¡Esta conversación hace ya rato que me aburre!

Mis hermanos me contemplaron sorprendidos sin entender nada de lo que estaba ocurriendo, sin comprender que eran el objeto de una burla cruel. Antes de dirigirme a mi cuarto me giré hacia Fernando con profundo odio:

—¡Ya hablaremos tú y yo! Él se encogió de hombros con una mueca divertida en el rostro que habría borrado de golpe si el tiempo que llevaba en la universidad no me hubiera enseñado a reprimir mis impulsos.

Entré en mi habitación y cerré de un portazo. Sobre mi cama me esperaba la gata de

Moura que me miró con dulzura. Corrí a abrazarla, buscando consuelo en el amor por su dueña. La gata ronroneaba restregando su cabeza contra mí como si comprendiera mi pesar. Al poco rato se abrió la puerta y entraron mis hermanos.

—¡Qué majos tus compañeros de piso, sobre todo ese Fernando! —me quiso complacer Vidal.

—¡Anda! ¡No nos habías dicho que tenías un gato! —se fijó Teodoro, aproximándose a mí y alargando la mano para acariciarlo.

La gata de Moura bufó. Se le erizó el pelo del lomo y la cola. No me dio tiempo ni a ver como armaba su zarpa y la lanzaba contra la mano de mi hermano. Solo oí el sonido de la piel al desgarrarse. La sangre brotó en el dorso de la mano de Teodoro.

—¡Maldito gato! —gritó mi hermano enfurecido, pegándole una violenta patada que le alcanzó en los cuartos traseros. La gata salió despedida contra la pared. Gruñendo de rabia y resoplando corrió hacia la ventana como pudo, arrastrando una pata trasera que le pendía inerte. Saltó sobre la noche y se perdió en la oscuridad.

—¡No! ¡No! —sollocé, corriendo hacia la ventana para buscarla.

Mis hermanos se miraron extrañados. Me fui a la cama sin pronunciar una palabra y no conseguí conciliar el sueño, pensando en la brutal escena que había presenciado y sin encontrar la senda onírica que siempre me había conducido hasta Moura.

Me levanté muy temprano. Serían las siete. No aguantaba más en el cuarto. Necesitaba huir, andar, despejarme. Cuando salí del piso sentí el sordo rumor del ascensor en movimiento. Me situé frente a la puerta a esperar y se detuvo en mi planta. Al abrirse me encontré cara a cara con Moura. Su mirada de odio y desprecio me quebró el alma, me rompió por dentro, me aniquiló. Pasó a mi lado fríamente y la observé llegar hasta su puerta, cojeando.

No volví a saber nada de ella y aún la echo de menos aunque han pasado muchos años. Algunas noches todavía me despierto febril buscándola entre mis sueños en vano. Así fue como perdí a mi gran amor. Sin embargo, desde aquel día, no volví a avergonzarme de mis hermanos.